

Te Deum día de la Independencia.

Jubileo de los políticos y los dirigentes sociales.

Hoy 9 de julio, al celebrar el día de la Independencia, nuestros sentidos internos de la memoria y de la imaginación se detienen en la Casa Histórica de Tucumán. En ese tiempo, hace ya 209 años, hombres que hoy consideramos padres de la patria, como José de San Martín, Manuel Belgrano, y Martín Miguel de Güemes, alentaban a los Congresales a declarar la Independencia de España, y de toda otra dominación extranjera. Es así que veintinueve Diputados firmaron el Acta de la Independencia, dieciocho eran laicos y once sacerdotes, y lo hicieron movidos por principios éticos inspirados en el humanismo cristiano.

A su vez es importante señalar que estos diputados legislaban para una población que era mayoritariamente indígena y mestiza. De hecho, el Congreso mandó traducir el Acta de la Independencia en las lenguas que se hablaban en el norte de las Provincias Unidas: en aymara y en quechua.

Por otro lado, “nuestra” lucha por la Independencia es la misma que condujo a las Independencias de Chile, Perú, Bolivia, Paraguay y Uruguay, por citar sólo los casos cercanos. En esa época la gente tenía dos identidades: el lugar donde nació -así había salteños, sanjuaninos, porteños, correntinos, cordobeses, potosinos, cochabambinos, limeños, asunceños, etc.- y ser americano. No existían todavía las identidades nacionales. Por eso, sólo podemos entender el proceso de la Independencia si lo vemos como un fenómeno americano y no sólo argentino. De esta manera, *“El pueblo argentino nace en el espacio fraterno de la solidaridad latinoamericana que no puede ser borrado de la memoria histórica”*.¹ Así nace la convicción de formar parte de la Patria Grande.

Hasta aquí algunas pinceladas históricas, que intentan dar un marco al Te Deum que estamos celebrando. Hoy damos gracias a Dios por el don de la Patria que recibimos, pero a la vez la descubrimos como una tarea que se nos confía. Y en esta tarea de construir una Patria para todos tienen un papel decisivo los políticos y los dirigentes sociales, por eso hoy en el año Jubilar de la Esperanza, celebramos en esta arquidiócesis su jubileo y rezamos por ellos.

El evangelio que escuchamos nos acerca el relato del Buen Samaritano. Esta parábola está comentada bellamente en el Capítulo II de la encíclica Fratelli Tutti. En esta carta Francisco nos propone recorrer el camino de la fraternidad y de la amistad social. ¿Y por dónde empezar? Claramente abrazando y recibiendo a los más frágiles de nuestro pueblo. Lo dice así: *“La procura de la amistad social no implica solamente el acercamiento entre grupos sociales distanciados a partir de algún período conflictivo de la historia, sino también la búsqueda de un reencuentro con los sectores más empobrecidos y vulnerables. La paz «no sólo es ausencia de guerra sino el compromiso incansable — especialmente de aquellos que ocupamos un cargo de más amplia responsabilidad— de reconocer, garantizar y reconstruir concretamente la dignidad tantas veces olvidada o ignorada de hermanos nuestros, para que puedan sentirse los principales protagonistas del destino de su nación”*²

¹ Conferencia Episcopal Argentina. Iglesia y Comunidad Nacional. 4-9 mayo de 1981. N° 8.

² Francisco. Fratelli Tutti. N° 233.

Entonces es necesario plantearnos algunas preguntas: ¿Sostenemos una escucha atenta de los más pequeños y pobres, de los últimos de la fila? ¿Dejamos que sus preguntas, sus angustias, sus sueños, sus luchas, nos den otra hermenéutica de la realidad? ¿Tomamos conciencia que es verdaderamente dramático luchar día a día por lo mínimo vital, escapándole a la muerte? ¿Asumimos en nuestros espacios políticos y sociales que los pobres tienen la dignidad suficiente para sentarse en nuestros encuentros, participar de nuestras discusiones y llevar el pan a sus mesas? ¿Pensamos por ellos, o pensamos con ellos caminos de desarrollo humano integral?

El Papa León XIV en el Jubileo de los Gobernantes en una de las reflexiones que les compartía les hablo acerca de *“su responsabilidad de promover y proteger, independientemente de cualquier interés particular, el bien de la comunidad, el bien común, defendiendo especialmente a los vulnerables y marginados. Esto significaría, por ejemplo, trabajar para superar la inaceptable desproporción entre la inmensa acumulación de las riquezas concentrada en manos de unos pocos y los pobres del mundo (cf. León XIII, Carta encíclica Rerum Novarum, 15 de mayo de 1891, 1). Los que viven en condiciones extremas claman para que se escuche su voz y, a menudo, no encuentran oídos dispuestos a escuchar su súplica. Este desequilibrio genera situaciones de injusticia persistente, que fácilmente conducen a la violencia y, tarde o temprano, a la tragedia de la guerra. Una política sana, en cambio, al promover la distribución equitativa de los recursos, puede ofrecer un servicio eficaz a la armonía y la paz, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.”*³

Es evidente la necesidad del diálogo entre la política y la economía al servicio del bien de la comunidad. Benedicto XVI decía en una de sus encíclicas: *“El mercado está sujeto a los principios de la llamada justicia conmutativa, que regula precisamente la relación entre dar y recibir entre iguales. Pero la doctrina social de la Iglesia no ha dejado nunca de subrayar la importancia de la justicia distributiva y de la justicia social para la economía de mercado, no sólo porque está dentro de un contexto social y político más amplio, sino también por la trama de relaciones en que se desenvuelve... La actividad económica no puede resolver todos los problemas sociales ampliando sin más la lógica mercantil. Debe estar ordenada a la consecución del bien común, que es responsabilidad sobre todo de la comunidad política. Por tanto, se debe tener presente que separar la gestión económica, a la que correspondería únicamente producir riqueza, de la acción política, que tendría el papel de conseguir la justicia mediante la redistribución, es causa de graves desequilibrios.”*⁴

Volviendo a la reflexión de Francisco acerca de la parábola del Buen Samaritano quisiera destacar dos temas.

El primero es el que estamos llamados a elegir: incluimos o excluimos. Fratelli Tutti lo afirma de esta manera: *“La narración es sencilla y lineal, pero tiene toda la dinámica de esa lucha interna que se da en la elaboración de nuestra identidad, en toda existencia lanzada al camino para realizar la fraternidad humana. Puestos en camino nos chocamos, indefectiblemente, con el hombre herido.*

³ DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV. A LOS PARTICIPANTES EN EL JUBILEO DE LOS GOBERNANTES. 21 de junio de 2025

⁴ Benedicto XVI. CARITAS IN VERITATE. N° 35-36.

Hoy, y cada vez más, hay heridos. La inclusión o la exclusión de la persona que sufre al costado del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos.”⁵

El segundo tema que quiero subrayar es la necesidad de la comunidad. Nadie se salva sólo. El sálvate a vos mismo termina en el todos contra todos. Y en la parábola que nos presenta el evangelio de Lucas, la comunidad aparece de esta manera: *“El samaritano buscó a un hospedero que pudiera cuidar de aquel hombre, como nosotros estamos invitados a convocar y encontrarnos en un “nosotros” que sea más fuerte que la suma de pequeñas individualidades; recordemos que «el todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas». Renunciemos a la mezquindad y al resentimiento de los internismos estériles, de los enfrentamientos sin fin.”*⁶ Entonces, una de las misiones de los políticos, y de los dirigentes sociales, es fortalecer la vida de las comunidades, para que estas puedan seguir organizando la esperanza.

Las periferias geográficas y existenciales de nuestra patria piden a gritos fraternidad y amistad social. La independencia y la libertad proclamada hace más de dos siglos, hoy no se traduce en una vida digna para todos los habitantes de nuestra patria. El acta de la Independencia alcanzará su plena vigencia conforme a lo que soñaron sus firmantes cuando se logre como piso mínimo eso que Francisco hizo proclama suya: Tierra-Techo-Trabajo. Es decir, una tierra para trabajar, para construir una casa, para cuidar una familia.

Hoy se cambia el manto de la Virgen de Luján de esta catedral, y llevaremos cada uno como reliquia un pedacito del manto que ella tenía. Hoy le pedimos a la Virgen de Luján, la Madre del Pueblo, que como gracia nos inspire la ternura y a la vez la firmeza necesaria, para cuidar la fragilidad de nuestro pueblo.

Mons. Gustavo Carrara

Arzobispo de La Plata.

9 de julio 2025.

⁵ Francisco. Fratelli Tutti. Nº 69.

⁶ Francisco. Fratelli Tutti Nº 78